El mentidero de la Villa de Madrid

Nº 698 – Viernes 25 de Noviembre de 2022

Ayuso o la esperanza

Emilio Álvarez Frías

Palabra que a mí Ayuso no me ha dado nada. Sólo la tengo que agradecer una multa porque en una calle de Madrid, por la que no paso más de una vez al año, me pusieron una multa el día que tocó ir por allí no recuerdo por qué, por circular a una velocidad 58 Km cuando estaba marcado a 50. Al parecer me pasé un pelín de velocidad sin darme cuenta, o porque el momento y el lugar lo requería, pues, cuando se conduce, no todo es blanco o negro siempre, sino que, a veces, por reflejo del sol, porque llueve, o porque un muermo anda mal con su vehículo, uno tiene que apretar un tantico más el acelerador. No justifico esta multa, al contrario que sí justifiqué en su día la que me puso la Guardia Civil hace años a la altura de Puerta de Hierro; me pararon y correctamente me dijeron que me había saltado un stop. Les indiqué que llevaba años pasando por allí sin haberlo visto. Les pedí permiso para ir a ver dónde estaba el stop, y, efectivamente, allí se encontraba. Les animé a que me pusieran la multa porque me la había ganado con creces, y quedamos tan amigos.

A Isabel Díaz Ayuso, aparte haberme favorecido con una multa, ni la conozco personalmente, ni sabía de su existencia antes de ocupar la Presidencia de la Comunidad de Madrid, e incluso a veces no coincido con algunos de sus puntos de vista sobre la gobernanza y lo que es preciso hacer en el país, pero ello es lógico, pues no podemos ser miméticos unos de otros, ya que, aparte de que resultaría muy aburrido, sería un síntoma de que no ejercíamos la libertad de acción y palabra que nos ha sido concedida por el Creador, y que el pensamiento único era el que privaba en todos los cerebros del país.

Más a pesar de las disidencias de pensamiento que pueda haber, me he sumado a su rehala sin condiciones, haciéndome eco de sus decisiones, pues no se anda con triquiñuelas cuando considera tiene que tomar una decisión, ni utiliza subterfugios cuando ha de poner en claro un punto de vista frente a las añagazas de la oposición, o ha de cortar por lo sano si las culebras intentan meterse en su espacio. Con dos narices. Y sin sacar los pies del tiesto más de lo necesario para para poner la zancadilla al cornúpedo que con malas artes intenta tropiece y caiga, utilizando incluso del insulto el malhadado si le viene en gana, aprovechando las comidillas de prensa si encuentra la ocasión, y lanzando todo tipo de piedras sobre el tejado de la Ayuso a ver si con eso la escalabra y tiene que hospitalizarse.

A mí me encanta las personas que hablan claro cuando consideran ha de expresar un pensamiento, un deseo, la voluntad de seguir un camino. Sin tapadillo alguno. Jugándosela si es necesario. Dando la cara todo lo que sea preciso. Cosa que no es muy frecuente entre personas que lo deberían hacer en serio, con decoro, sabiendo todo lo que entregan a cambio de nada o simplemente de lo que defienden y queda de manifiesto. La mayoría de las veces expuestos a perder lo que se pone en el envite, y mucho más.

Dicho lo expuesto, por el momento no tengo otra cosa que sugerir a todo aquel que pretenda recuperar la España grande, sin miserables que se aprovechen de ella, que han de apuntarse por el momento al pelotón de Ayuso y lo que la rodea, aunque en

cualquier otro instante haya que darla algún toque que la enderece. Tratando de limpiar toda la porquería que tiran en torno a su persona y haceres aquellos que adoptan una postura canallesca y de rufianes que a diario están tratando de cubrir España de suciedad en todos los aspectos. Volver al 36, aunque sea con otros modos, no conduce a nada. Porque los que andan en el intento son tan roñosos y malvados como los de entonces, con distintas palabras, diversas acciones, y hasta, si se quiere, distintos fines, pero igualmente perversos. Hay que barrer cuanto a diario nos están imponiendo con el beneplácito de un Parlamento vendido a los deseos e intereses de Pedro Sánchez, que no son los de España.

Así opinaban hoy cuantos intervenían en el mentidero de Porlier, recordando a cuantos perdieron la vida en la Checa de enfrente, a los que dedicaron una oración.